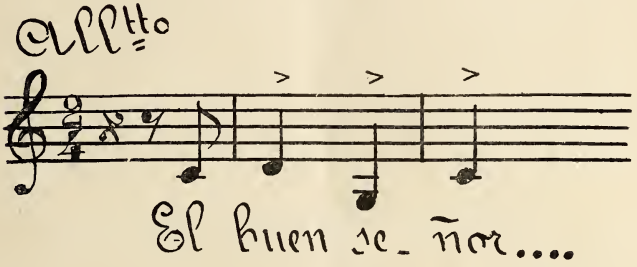
1415

ANTONIO LOPEZ MONIS



COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

Copyryght, by the authors, 1910.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1910

3

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elbuensenorcomed3073lope

¡EL BUEN SEÑOR!...

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡EL BUEN SEÑOR!...

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

ANTONIO LOPEZ MONIS

Estrenada en el Coliseo Imperial en la noche del 15 de Noviembre de 1910.

MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.

1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elena.....	Sra. Cobeña.
D.ª Pepita.....	» Santoncha
Lucía.....	Sta. Muñoz.
Procopio..	Sr. Espejo.
Vicente..	» Soto.
Paquito.....	» Aguirre.

La acción en Madrid y en nuestros días.

Las indicaciones del lado del actor.

¡El buen señor!...

Gabinete elegante con una puerta al fondo y otra en cada lateral. Muebles apropiados, entre los que hay un espejo grande. Al levantarse el telón está Lucía asomada á la puerta del foro mirando con inquietud hacia el pasillo; á poco sale Paquito de la izquierda y va hasta ella de puntillas.

ESCENA I

PAQ. (Dándole á Lucía un golpe en el hombro.) ¡Te pesqué!

LUC. (Asustada.) ¡Ay!

PAQ. ¿Qué haces ahí mirando tan atentamente? ¿Qué esperas con tanta impaciencia?

LUC. Y á ti, ¿qué te importa?

PAQ. ¿Estás acechando á ver si viene Zabalita?

LUC. Figúrate que aguardo á Zabalita; ¿á ti qué?

PAQ. Pero, Lucía, ¿no sabes que yo te quiero, que por ti nada más soy ayudante de don Vicente y me paso la vida en el laboratorio haciendo combinaciones químicas y aguantando el mal olor que algunas producen?

LUC. ¡Ja .. ja!... ¿Y ese es todo el porvenir que me ofreces para atreverte á hablarme de amor? Dependiente de un sabio... ¡Ja... ja!...

669696

PAQ. Ya sabes que yo soy el brazo derecho del sabio químico, como dicen los periódicos siempre que hablan de él, y que él se interesa mucho por mi porvenir. Hemos hecho experimentos soberbios que han asombrado al mundo .. Verdad es que yo no los he comprendido; pero no me negarás que estoy en camino de llegar ¡quién sabe!, quizá hasta á ser un buen boticario. .

LUC. ¡Ja... ja... boticario!...

PAQ. ¡Ay! Si yo descubriera una fórmula para inculcar en tu corazón este cariño mio...

LUC. Bueno, Paquito, anda á hacer tus combinaciones y déjame á mi hacer las mías como me dé la gana.

PAQ. El caso es que yo no me explico que Zabalita tenga siempre abandonada su secretaría particular para andar rondando esta casa. Y es que su principal es el que le atrae; ese viejo verde de don Procopio, que yo no sé por qué está siempre aquí metido. Si yo fuera don Vicente ..

LUC. Bueno, Paquito, no te metas tú donde no te llaman. Don Procopio es un hombre distinguido, elegante, siempre dispuesto á agradar á todos.

PAQ. ¡Maldito lo que me agrada á mí!... Por lo menos mientras tenga por secretario á Zabalita. ¿Por qué no me quieres, Lucía? ¿No te gusta verme con la honrada blusa del trabajador?

(Hay que advertir que Paquito está vestido con una blusa larga de las que se usan en los laboratorios.)

LUC. Paquito, te ha salido una preciosa frase.

PAQ. No te burles, Lucía.

LUC. ¿Cómo quieres compararte con Zabalita, que va vestido como un señorito, siempre con sus guantes, siempre perfumado?...

PAQ. Perfumado con heliotropo. Ese olor es el que á ti se te ha metido en la cabeza y te ha trastornado.

LUC. Siempre es más agradable que oler á ácido fénico, como tú.

PAQ. ¿De modo que me desprecias, no me das ni la más pequeña esperanza? Mira que tú no sabes de lo que yo soy capaz; tú no calculas que yo, desesperado y loco, puedo preparar una mezcla en mi laboratorio que haga volar la casa, que nos haga desaparecer á todos, incluso á Zabalita...

LÚC. No te dará tan fuerte. (La puerta del foro se abre y aparece en ella don Procopio.)

PAC. (Aparte.) Ya está aquí el principal. No debe andar muy lejos el secretario. ¡Maldita sea mi suerte! (Mutis por la izquierda.)

ESCENA II

LUCIA, DON PROCOPIO

PROC. (Que es un señor de cincuenta y tantos años, vestido con exagerada elegancia y con el pelo y el bigote recién teñidos.) Buenas tardes, Luciita.

LUC. Buenas tardes, don Procopio.

PROC. Acaba de entrar la señora, ¿eh?

LUC. Hace cinco minutos.

PROC. Ya la he visto delante de ese escaparate de ahí al lado mirando unos encajes... Yo estaba en la cervecería de enfrente. He esperado un momentito... Y dime, ¿se la podrá ver ahora?

LUC. ¡Ca! La señora ha venido de un humor endiablado y yo, la verdad, no me atrevo á entrar á decirle que está usted aquí.

PROC. Ya la veré luego. (Aparte.) Hay que ganarse la voluntad de la doncella. (Alto y muy cariñoso.) Ya veo que mi secretario, ese pícaro Zabalita, me tiene muy descuidado el trabajo y sólo piensa en los ojos negros de una doncellita.

LUC. ¡Cómo! ¿Usted sabe?...

PROC. Zabalita me parece un chico de mucho porvenir. Y es guapo, elegante...

LUC. ¿Verdad que sí?

PROC. Bueno, ¿y por qué no os casáis?

LUC. Eso quisiéramos nosotros; pero él no cuenta hoy con lo suficiente. Con lo que usted le paga, apenas tiene para sus gastos; ¡como le gusta ir siempre tan compuesto!; de modo que la que casi sostiene su casa es doña Pepita.

PROC. ¿Qué doña Pepita?

LUC. Su tía, la prendera.

PROC. Vaya, ¿vamos á hacer una cosa? Le vamos á subir el sueldo á Zabalita, y además le vamos á encargar á su tía un buen traje de novia para tí, ¿eh? Cuando se presente uno bueno...

LUC. ¡Ay! D. Procopio, ¡qué bueno es usted! No sé cómo agradecerle...

PROC. Tonta... En fin, volveré luego á ver si puedo ver á tu señora...

LUC. Espérese usted, que voy á ver si la puede usted ver ahora. Después de todo, no me va á comer. Espere usted... (Mutis por la derecha.)

ESCENA III

DON PROCOPIO

Ya está la doncella de mi parte. Dádivas quebrantan peñas, y este medio del soborno no envejece nunca; le sucede lo que á algunas personas. (Se mira con coquetería en un espejo y se arregla la corbata.) No digo yo que esté hecho un chiquillo, quizá me falte alguno de los atractivos de la juventud; pero, en cambio, ¡qué experiencia de la vida y del amor!; ¡cómo domino todos los resortes de la galantería!; ¡qué atenciones tan delicadas las mías!; ¡qué discreción!, ¡qué reserva!; ¡qué conocimiento de la bagatela, de la frivolidad, de las cosas pequeñas, que son el todo para la mujer! Y ésta es encantadora; al verla siento en mí todo el fuego de la juventud; tiene una gracia, una dulzura, un candor, y al mismo tiempo una viveza... Calma, Proco-

pio, prudencia; aquí de tu estrategia: no dar un paso sin saber el terreno que se pisa En todos los matrimonios suele haber un obstáculo en que se puede estrellar la virtud de la mujer. Siempre ese obstáculo es una falta, una imperfección, un defecto del marido... Hay que saber cuál es la falta del marido de Elena, y luego .. ¡Ella!

ESCENA IV

DICHO, ELENA

ELE. (Que sale por la derecha leyendo un periódico.) Será una fiesta soberbia á juzgar por lo que dice aquí de los preparativos. ¡Es desesperante! ¡Tengo un coraje que!...

PROC. ¿Qué es eso, Elena, qué le sucede á usted?

ELE. ¡Ah!, don Procopio, perdone usted que no me haya fijado... (Le da la mano.)

PROC. Parece usted muy preocupada.

ELE. ¡Furiosa es lo que estoy! Esta noche es la fiesta en la Embajada de Inglaterra, la fiesta con que yo estoy soñando hace quince días.

PROC. La fiesta será un cuento de las mil y una noches, á la que van á ir todas las mujeres distinguidas de Madrid.

ELE. Sí, todas las mujeres distinguidas.

PROC. ¿Y usted no va?

ELE. ¡No!

PROC. ¿Cómo?...

ELE. Mi marido me prometió el otro día buscarme una invitación para la fiesta... ¿No estaba usted delante cuando me lo ofreció?

PROC. Sí, en efecto.

ELE. Pues no ha vuelto á acordarse del asunto, absorto por completo en las cosas de ese maldito laboratorio.

PROC. Es increíble que se haya olvidado de usted.

ELE. Si le digo á usted que el mejor día voy á entrar á saco en ese botiquín y no voy á dejar títere con cabeza.

PROC. Vamos, cálmese usted, Elena. Como yo conozco las distracciones del sabio y me intereso por usted, he procurado buscarle la invitación deseada. (Sacando una tarjeta del bolsillo.) Aquí está. (Se la da.)

ELE. ¡Ah! ¡Qué sorpresa tan agradable! No sé cómo dar á usted las gracias por esta atención delicada...

PROC. Esto no vale la pena. Su marido es el que ha de agradecerme que yo haya reparado su distracción.

ELE. Voy corriendo á... (Se va á dirigir á su habitación muy contenta; pero de pronto se para y vuelve á fruncir el ceño.) ¡Si no puede ser!

PROC. ¿Qué es ello?

ELE. Nada.

PROC. No; su cara alegre ha vuelto á aparecer seria y contrariada...

ELE. No; no es nada...

PROC. (Un poco insinuante.) Vamos, Elena, ¿á qué fingir conmigo? Yo no debo ser un extraño para usted, le profeso verdadero afecto...; además, la amistad que tiene usted con la Marquesa, mi hermana... Creo tener algún título para su confianza; mi amistad, mi experiencia...

ELE. Es cierto; usted, por su edad...

PROC. No hablemos más que de mi experiencia; ella me permitirá dar á usted algún consejo... Vaya, cuénteme usted su secreto, porque tengo la seguridad de que se trata de un secretillo...

ELE. Sí, tiene usted razón. ¡Soy una mujer muy desgraciada!

PROC. ¡Cómo! No; usted exagera... (Aparte.) No me había equivocado.

ELE. Si yo hubiera sabido hace dos años el porvenir que me estaba reservado, no me caso.

PROC. No será porque tenga usted queja de su marido. Vicente es un hombre bueno...

ELE. Sí, muy bueno.

PROC. De un gran mérito...

ELE. Eso sí: todo el mundo lo reconoce y lo admira

PROC. Quizá en su interior es un déspota...

ELE. No, eso no; jamás ha pretendido imponerme su voluntad.

PROC. Ah, vamos, ya comprendo; es un hombre celoso...

ELE. Al contrario; tiene en mí una confianza absoluta.

PROC. Pues ¿cuál es entonces el defecto que tiene?

ELE. No; yo no he dicho. .

PROC. ¡Cómo! Pues por ahí ha empezado usted. Si fuera un hombre sin ningún defecto, ¿á qué considerarse la más desgraciada de las mujeres?

ELE. Sí, es verdad, y quiero ser franca con usted. Mi marido tiene un defecto, el peor de todos.

PROC. ¿Cuál?

ELE. Que es avaro.

PROC. ¿Avaro? (Aparte.) No podía ser cosa mejor para mí.

ELE. Sí, tacaño hasta para las cosas que para mí son artículos de primera necesidad.

PROC. ¿De primera nece...

ELE. Mis trajes, mis adornos, mis sombreros, las cosas, en fin, de que una mujer no puede prescindir.

PROC. Sí, ya comprendo.. ¿De manera que guarda cuanto gana?

ELE. Pues ese es el caso, que no lo guarda. Todo lo emplea en sus experimentos y no hace más que comprar frascos, y tubos, y líquidos, y polvos... ¡Vamos! ¿No clama al cielo esta dichosa manía?

PROC. Tiene usted razón; cuando se tiene una mujer como usted...

ELE. Que está careciendo de todo..

PROC. Hay que poner un remedio.

ELE. El no ve que apenas puedo ir á ninguna parte porque apenas tengo qué ponerme... Le estoy contando á usted unos detalles... no me haga usted caso; no sé lo que me digo.

PROC. Siga usted, siga usted; no puede usted figu-

rarse hasta qué punto me interesan sus desventuras.

ELE. En todas partes veo á mis amigas con un lujo, que al compararlo con mi modestia me obliga siempre á decir: ¿pero, Señor, qué harán estas mujeres para poderse presentar así, si sus maridos tienen menos medios que el mio, si, además, son menos bonitas que yo...? ¡Ay! Ahora sí que no sé lo que digo.

PROC. La verdad. Desde luego son todas menos bonitas que usted. Por eso se siente usted humillada...

ELE. Más por mi marido que por mí, puede usted creerlo.

PROC. Y lo creo; pero esto no puede seguir así; es preciso rebelarse, hacerse fuerte...

ELE. Sí, tiene usted razón. Y eso es lo que voy á hacer.

PROC. Cuanto antes, mejor.

ELE. Pero ¿con qué traje voy esta noche á la fiesta de la Embajada?

PROC Quizá todo pueda arreglarse... (En este momento se oye dentro el ruido de una explosión, algunos gritos y los trozos de cristal que caen al suelo. Elena y Procopio quedan sobrecogidos un instante.)

ELE. ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

PROC. Esa es la voz de su marido de usted. Algún experimento que ha salido mal.

ELE. ¿Se habrá herido? (Corre á la puerta de la izquierda, á tiempo que salen por ella Paquito, muy asustado, y don Vicente.)

ESCENA V.

DICHOS. PAQUITO, VICENTE

VIC. ¡Qué desgracia! ¡Qué contrariedad!

ELE. ¿Te ha ocurrido algo?

PAQ. No; á nosotros, nada.

VIC. Pero todo mi intento fracasado, todo mi trabajo destruído... por culpa de ese meque-

trefe... (Amenazando á Paquito.) No sé cómo no te mato.

ELE. ¿Pero qué ha sido ello?

VIC. Que este estúpido se ha equivocado seguramente, habrá tomado una substancia por otra... ¡qué sé yo! El caso es que se ha producido esa explosión que ha estado á punto de dejarnos en el sitio, y que me ha roto en mil pedazos el mejor aparato de mi laboratorio; un aparato de una precisión admirable y sin el cual no puedo seguir trabajando. ¿Pero no te dije que añadieras carbonato de potasa? ¿Qué diablos es lo que has añadido?

PAQ. Yo... no sé... (Aparte.) Esta Lucía me tiene vuelto el juicio.

VIC Lo primero que tienes que hacer es ir ahora mismo al almacén y comprar otro aparato igual al que se ha roto. Toma: ya sabes que éste me costó quinientas pesetas. (Le da dos billetes.) Por supuesto, esos cien duros te los voy á sacar de las costillas

PAQ. Sí, señor, lo que usted quiera. Voy corriendo. (Aparte.) ¡Ay! Lucía, Lucía... ¡Cuántas barbaridades tengo que hacer todavía por tu culpa! (Mutis por el foro.)

PROC. Siento mucho...

VIC. Perdone usted, ni le había visto.

PROC. No me extraña, preocupado con sus cosas... Había venido á dar á Elena una invitación para la fiesta de esta noche, y ya cumplido este grato deber, me marcho. Hasta luego.

VIC. Hasta luego y mil gracias.

PROC. De nada. A los pies de usted, Elena.

ELE. ¿Vendrá usted luego?

PROC. Con toda seguridad. (Mutis por el foro. Para Vicente no ha pasado inadvertida la galantería de Procopio con Elena.)

ESCENA VI

ELENA, VICENTE

VIC. No comprendo esta explosión.

ELE. (Acercándose á él.) ¿Se puede hablar contigo un momento?

VIC. ¿Cómo no? Todo el tiempo que tú quieras... (Distraído y hablando consigo mismo.) El hecho es evidente; pero la causa, el porqué del fenómeno...

ELE. Ya sabes que estamos á principio de invierno, y...

VIC. Sí; la influencia atmosférica, la humedad del ambiente... No se me había ocurrido esa hipótesis.

ELE. ¡Qué hipótesis ni qué calabazas! Se trata de mí, ¿ó tú crees que yo busco también la explicación de ese estampido? Siéntate á mi lado, y escúchame un poco sin pensar en tus estudios químicos.

VIC. (Sentándose á su lado.) Ya te escucho.

ELE. Te decía que estamos á principio del invierno. y que tengo necesidad de hacer algunos gastos para completar mi indumentaria, y yo, de mis ahorros, no tengo nna peseta.

VIC. (Abstraído con sus pensamientos.) Pero hay un medio.

ELE. ¿Cual?

VIC. Analizar los residuos. (Se levanta.)

ELE. ¿Dónde vas?

VIC. A analizar...

ELE. ¡Ay! Qué paciencia hay que tener contigo. Sí, vamos al laboratorio; allí iré yo á hablarte de mis cosas.

VIC. ¡No! Perdóname, estaba preocupado con.. Dime lo que quieras.

ELE. Ya sabes que en la Embajada de Inglaterra hay esta noche una gran fiesta...

VIC. ¡Cómo! ¿Ya esta noche?...

ELE. Y que tú me habías prometido una invitación.

VIC. Es verdad; pero se me ha olvidado que era hoy... tú me perdonarás ¿verdad, Elenita?

ELE. Afortunadamente, todo el mundo no es como tú, y don Procopio me ha traído un billete.

VIC. ¡Magnífico! Entonces, ya no tienes necesidad de mí. (Va á levantarse.)

ELE. (Deteniéndolo.) Sí; tengo necesidad de ti, para que me acompañes.

VIC. Mujer, por Dios, ya sabes tú que yo no estoy bien más que entre mis libros y mis cacharros, como tú los llamas.

ELE. Pero, siquiera una vez, descansa de tus tareas para dedicarme un rato, para acompañar á tu mujercita; que la gente nos vea juntos alguna vez. Me siento tan orgullosa de ir á tu lado... al lado del hombre célebre, del sabio.

VIC. Yo también estoy orgulloso de ti, tan buena, tan bonita, tan graciosa...

ELE. ¿De modo que puedo contar contigo?

VIC. Sí; si mi experimento me sale bien y termino á tiempo...

ELE. De manera que para ti soy yo menos que el bicarbonato.

VIC. No, mujer, carbonato de potasa.

ELE. Bueno, es igual; todo eso son pamplinas.

VIC. Vaya, no tomes las cosas así. Mira, lo mejor será que avises á tu madre, que siempre está dispuesta á ir á todas partes.

ELE. Bien; renuncio al gusto de ir contigo; pero hay otra dificultad.

VIC. ¿Cuál?

ELE. Para no hacer mal papel en una fiesta tan lujosa, no basta ser bonita, como tú dices que yo lo soy; hay que presentarse dignamente, con elegancia... y á mí ¡me faltan tantas cosas!

VIC. ¿Qué te falta? ¿No tienes un vestido bueno y nuevo?

ELE. El que me pongo siempre para ir al Real.

VIC. ¿Es malo? ¿No está de moda?

ELE. Sí; pero siempre el mismo... está ya tan visto... En fin, paso por el vestido porque tampoco es cosa de tener otro para esta noche; ¿y las demás cosas que necesito? Mira; no tengo guantes blancos hasta el codo, no tengo adorno para la cabeza, no tengo echarpe de gasa bordada para los hombros... no tengo...

VIC. Lo que yo no tengo es gana de perder el tiempo en estas cosas. Tú te compras lo que necesites sin consultármelo.

ELE. ¿Y el dinero?

VIC. ¿No tienes?

ELE. No.

VIC. ¿Pues á cómo estamos del mes?

ELE. A nueve.

VIC. ¿Y lo que te di el día primero para tus gastos?

ELE. Ya se me acabó.

VIC. ¿Ya?

ELE. Te voy á ajustar la cuenta al céntimo.

VIC. (Aterrado.) ¡No! Ya sabes que no me gusta entrar en estos detalles. Para eso hemos hecho un presupuesto mensual.

ELE. Un presupuesto que nunca alcanza para cubrir los déficits. (Abrazándolo cariñosamente.) Por eso este mes debías, como en el Congreso, votar un crédito suplementario.

VIC. Hija mía, lo siento mucho; pero no dispongo de fondos ningunos.

ELE. ¿No dispones de fondos y acabas de gastarte cien duros?

VIC. Eso era todo lo que tenía disponible.

ELE. ¿Y te lo gastas en una tontería?

VIC. ¿Cómo tontería?

ELE. ¿No te da lástima gastar quinientas pesetas en chirimbolos y en porquerías?

VIC. Estas porquerías, como tú dices, son algo más útiles que tus lazos y tus adornos de cabeza.

ELE. Más valiera que te ocuparas algo menos del laboratorio, y algo más de tu mujer; algo menos de la ciencia, y un poco más de la vida práctica.

VIC. ¡Elena! Estás hablando de cosas que no entiendes; no sabes lo que dices.

ELE. ¿Y tú sí? Quisiera yo saber para qué te sirven todas tus manipulaciones.

VIC Cuando yo sepa qué provecho se saca de tus lujos y tus frivolidades.

ELE. El provecho de que hay que presentarse con decoro ante la gente.

VIC. Vaya, hablemos con sosiego.

ELE. No, no quiero razones; ¡déjame en paz!

VIC. No sé á qué viene ese genio ni por qué usas esos modales. (Refiriéndose á las asiduidades de Procopio.) En el mundo no hay efecto sin causa...

ELE. La causa es que estoy harta de tu sabiduría; que no hay hombre peor para marido que el sabio. El hombre que cree saberlo todo y sin embargo ignora lo principal: el medio de agradar y de tener contenta á su mujer. ¡Déjame! ¡no me hables! ¡te detesto!

VIC. No hay ciencia en el mundo que enseñe á aguantar los gritos de una mujer caprichosa.

ELE. ¡Y se queda tan tranquilo! ¡Egoista! ¡Monstruo. (Se va por la derecha.)

VIC. Ya se le pasará. ¿Pero, señor, por qué se habrá producido esa explosión? Es necesario averiguarlo. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA VII

LUCIA, DOÑA PEPITA

LUC. Pase usted por aquí.

PEP. (Entrando con un gran lío en una mano y una caja en la otra.) Gracias, joven. (Se deja caer en una silla.) Vengo reventá.

LUC. Usted dirá lo que desea.

PEP. Dile á tu señora que tengo que hablar con ella cuatro palabritas.

LUC. Pues de buen humor está la señora para recibir á nadie.

PEP. Este es el momento oportuno pa que yo le hable. Dile que está aquí doña Pepita.

LUC. ¿La prendera?

PEP. Oye, niña, ¿qué es eso de prendera? La vendedora.

LUC. Usted perdone, que no he querido ofenderla. Bástese que sea usted la tía de Zabalita.

PEP. ¿Le conoces?

LUC. Sí, señora; yo soy Lucía, su...

PEP. Ya lo sé.

LUC. No vaya usted á pensarse nada malo.

PEP. No, hija. Pues me alegro mucho de cono certe. Anda, avisa á tu señora que estoy aquí.

LUC. Voy corriendo. Y he tenido tanto gusto..

(Mutis por la derecha.)

ESCENA VIII

DOÑA PEPITA

PEP. Pus no tiene la casa muy bien pues a que digamos. ¡Qué hombres! ¡Qué hombres! Tos son lo mismo. Lo que es si una fuera á vivir con lo que dan á ganar los maridos.. Los que no son maridos da gusto tratar con ellos; no reparan en na. Con esta esquelita que me ha mandao mi sobrino me parece que voy á hacer aquí un buen negocio. (Saca un papel del bolsillo y lo lee.) «Tía Pepita: Vaya usté en seguida á la calle del Prado, 42, á casa de la señora de don Vicente Fernández; lleve usted un buen traje de baile, unos pendientes de brillantes y todo lo que usted comprenda. Ofrézcaselo usted á la señora en el precio y en las condiciones que ella quiera; dela usted todas las facilidades que pida; mi principal responde de todo. Prudencia y discreción.» Así deben ser los hombres, como el principal de mi sobrino. El responde de todo, mientras el marido an-

dará escatimándole una peseta. ¡Así pasan ellas! Aquí viene ya la señora; prudencia y discreción.

ESCENA IX

DOÑA PEPITA, ELENA

ELE. (Entrando.) Me ha dicho Lucía que desea usted hablarme...

PEP. Servidora de usté; ¿está usté bien? Pues, aquí donde usté me ve, soy viuda de un capitán; no vaya usté á creerse que yo soy una cualquiera... pero los tiempos cambian y hay que agarrarse á lo que salga... Yo vendo alhajas, encajes, sedas, objetos de lujo; las señoras que quieren deshacerse de sus trajes me los dan á mí pa que yo se los venda. . Tengo preciosidades; hasta trajes de Palacio que no se los han puesto más que una vez... Toas mis cosas las vendo muy baratas, á pagar por semanas ó por meses, cuando se pueda, que yo nunca apremio á nadie; á mí me puede usté confiar un secreto, que por mí no se ha de enterar ni la tierra...

ELE. Pero...

PEP. Yo soy una especie de Providencia pa las señoras que no disponen de mucho dinero así en un momento. Y eso no es deshonra; ya se sabe que muchas veces no se tiene el dinero cuando se quiere...

ELE. Pero á usted, ¿quién la ha enviado aquí?

PEP. Yo vengo recomendá á la señora por muchas de sus amigas; pero ya le he dicho á usté que yo soy la discreción personificá, y puede que á sus mismas amigas no les guste que se sepa por ahí que me compran á mí los vestidos. A lo mejor se darán tono de que los han encargao á París... ¡Tonterías!, ya ve usté; pero, ¿qué va á hacer una?

ELE. Pero si yo ahora no necesito nada. ¡Ay! Si mi marido se enterara. . no, no.

PEP Estas cosas no las comprenden nunca los maridos. Estos caprichos de la moda, esa satisfacción que siente una mujer bonita cuando va bien presentá... Pero, ¿qué saben de estas cosas esos energúmenos?

ELE. ¡Señora!

PEP. Usté disimule, es la costumbre. ¡Como he lidiao con tantos! Pero aquí estamos charla que charla y toavía no ha visto usté na de lo que traigo. (Se dispone á abrir la caja.)

ELE. Pero si yo no...

PEP. Que tengo yo gusto en que usté vea mis géneros. Luego, si quiere usté, los compra, y si no, no. Por eso no vamos á regañar.

ELE. Pero si... (Tomando un adorno de cabeza que Pepita ha sacado ya de la caja, y que es un ramo de violetas sujetas con una cinta de terciopelo y un broche de piedras.) ¡Ah, qué ramo más bonito!

PEP. Pues lo vendo por la mitá que en las tiendas, y á pagarlo cuando se pueda. Pues le voy á enseñar á usté un abrigo de pieles que es pa quedarse con la boca abierta (Saca del lío un abrigo de mujer, de piel.) Misté qué hermosura. Da gusto na más que verlo Ese ya lo llevo vendío; es de una duquesa que ha palmao, y está realizando to su vestuario casi por lo que le dan.

ELE. Muy bonito es. (Asomándose á ver la caja.) ¡Ah! ¿Lleva usted también encajes?

PEP. Y de lo mejor. Misté qué encajes de Bruselas pa adornarse un vestido de baile; es que ya no lo hay más superior. Son de la mujer de un bolsista que se ha arruinao el mes pasao. Creo que ni los ha llegao á estrenar. Fíjese usté cómo le sentarían esos encajes á este vestido que llevo aquí. (Por uno que trae en el lío y que le enseña)

ELE. Sí. muy bien... (Aparte.) Lo que yo necesitaría para ir á la Embajada. . (Alto.) No, no; decididamente ahora no necesito nada. (Va á sentarse á la derecha.)

PEP. (La mira, y después de hacer un gesto picaresco va sigilosamente al botón del timbre y llama; después vuelve á primer término y empieza á guardar las cosas como las trajo.) Como la señora quiera. Yo tampoco quiero hacerle la forzosa; ya en otra ocasión...

ESCENA XI

DICHAS, LUCÍA

LUC. Entrando.) ¿Llamaba la señora?
ELE. No.
LUC. Me pareció oir el timbre... (Pepita le hace señas de que ha sido ella y de que le ayude)
PEP. Ya que has venido, no quiero yo irme sin que la señora veo estos pendientes. Ven acá. (Se acerca Lucía y Pepita le pone unos pendientes de brillantes.)
LUC. (Mirándose al espejo.) ¡Qué bonitos! Son dos gotas de agua; mire usted, señora, mire usted qué luces tienen.
PEP. Y hay que ver el precio. Yo que usté aprovechaba esta ocasión.
ELE. Sí, son preciosos; pero... no tengo dinero.
PEP. (A Lucía.) Dale esos pendientes á tu señorita. ¡Vamos! ¿por dinero los va usté á dejar? Pues si precisamente estas cosas hay que comprarlas cuando no se tiene dinero.
ELE. No, no, á mí no me gusta deber nada á nadie.
PEP. Pero si á mí no me va usté á deber ná. A buen seguro que yo la moleste nunca pa pedirle un cuarto. Usté me paga cuando pueda; y si no puede usté pagarme, yo se los regalo.
ELE. Gracias, gracias.
PEP. Vamos, decídase usté.
(Escuchando.) Alguien viene, no vaya á ser mi marido. Véngase usted por aquí dentro con todo eso.

PEP. (Metiendo todas las cosas atropelladamente en los líos.) Voy, voy en seguida.

ELE. Dese usted prisa. (Mutis por la izquierda.

PEP. ¿Por dónde?

LUC. Por aquí. (Mutis por la izquierda.)

PEP. (Entrando por la izquierda con todos los objetos.) No se quejará de mí el principal de mi sobrino. La señora estaba durilla de pelar.

ESCENA XII

PROCOPIO; luego PAQUITO

PROC. (Viendo á Pepita desaparecer por la izquierda.) ¡Ah! la prendera, ¡magnífico!... ¿Aceptará Elena la compra de los objetos que le ofrece esa mujer sin que se entere el marido? Si la acepta, habré dado un gran paso en mi conquista. Mujer comprometida, mujer caída. En éste, como en la mayoría de los casos, la culpa es del esposo confiado. ¿Pues no se pone á estudiar Química? ¡A arrancar los secretos de la Naturaleza muerta! Hace bien; mientras yo procuraré ahondar enlos secretos de la Naturaleza viva. A mí me parece mi ciencia mucho más agradable que la suya. Quizá mis conquistas no me lleven á la Academia; pero es indudable que van á llevarme á la felicidad.

PAQ. (Apareciendo por el foro con unos paquetes en la mano. Aparte.) ¿Otra vez aquí este carcamal? (Al dirigirse hacia la izquierda tropieza con una silla y la tira.)

PROC. ¿Qué haces? ¿Estás tonto?

PAQ. Nada... ya me voy; porque, por lo visto, me he equivocado de casa.

PROC. ¿Qué dices?

PAQ. Como siempre que entro y salgo le encuentro á usted aquí y á su secretario abajo, he llegado á creer que soy yo quien se ha metido en su casa de usted.

PROC. ¡Cómo! ¿qué quieres decir...
PAQ. Nada: que cada uno ve lo que ve, y piensa lo que piensa, y adivina lo que adivina...
PROC. ¡Calla, majadero!

ESCENA XIII

DICHOS, VICENTE

VIC. (Saliendo de la derecha.) ¡Paquito! ¡Paquito!
PAQ. (Aparte.) ¡Adiós! ¿A que he hecho otra barbaridad?
VIC. ¡Ven acá que te dé un abrazo!
PAQ. ¿Eh?
VIC. ¡Ay, Paquito! ¡qué descubrimiento! No puedes figurarte lo que he encontrado en el fondo de la retorta. La verdadera causa de la explosión, de la bienhechora explosión. Hicistes bien en equivocarte.
PAQ ¿Que hice bien?
VIC. Sí; indudablemente era clorato de potasa lo que tú tomaste en tu aturdimiento por carbonato; y el clorato mezclado con los otros ingredientes, me ha hecho descubrir una propiedad hasta ahora ignorada.
PAQ. ¿Y la he descubierto yo?
PROC. ¿A qué se deben á veces los descubrimientos de la Ciencia.
VIC. Y mi mujer que se burlaba antes de mis trabajos...
VIC. ¡Qué saben las mujeres de esas cosas!
PROC. Del mal puede salir el bien; del error, la verdad Lo que el profano estropea, el hombre de ciencia lo arregla.
PAQ. Yo soy el que estropea las cosas.
PROC. Afortunadamente, aquí está el sabio que saca partido de todo.
VIC (A Paquito.) Anda, llamá á la señora. Quiero que sepa nuestro hallazgo.
VIC. (Va á la derecha y ve á Elena que va á salir.) Aquí sale ya. Voy á dejar estas cosas allá

dentro. (Se va por la izquierda, y á poco vuelve á salir otra vez con su blusa puesta y sin paquetes.)

ESCENA XIV

ELENA, PROCOPIO, VICENTE. Luego, PAQUITO

ELE. (Saliendo con el traje que enseñó Pepita puesto, y los brillantes en las orejas.) ¡Ah! (Aparte por Vicente.) Está él aquí.

PROC. (Aparte) Trae puesto el traje

VIC. (Acercándose á Elena.) De manera que antes te burlabas de mí porque creías que con la explosión se había echado todo á perder? Pues esa explosión ha valido para mí más que muchas experiencias. Sigue hablando con ella en voz baja.)

PROC. (Aparte.) ¡Qué marido! Ni siquiera se ha fijado en el traje que lleva su mujer ni en los pendientes de brillantes. Y hay que ver que está hecha una reina. ¡Qué hermosa es!

PAQ. (Saliendo de la izquierda y fijándose en los pendientes de Elena.) ¡Qué atrocidad! ¡Vaya un brillo que tienen! Si parecen dos arcos voltaicos.

VIC. ¿El qué?

PROC. (Queriendo evitar que Vicente se fije.) Los ojos de su señora de usted. Son dos soles.

PAQ. ¡Qué ojos! Las orejas, los brillantes que lleva.

ELE. (Aparte.) ¡Imprudente!

PROC. (Aparte.) ¡Estúpido!

VIC. (Fijándose) Es verdad; hermosos brillantes. ¿Y de dónde te han venido á ti estos pendientes?

ELE. (Aturdida.) Ahora caigo en que no te había dicho nada. ¿No los habías visto hasta ahora?.

VIC. No; y son verdaderamente hermosos, de roca antigua, claros..,

PROC. (Aparte.) A éste, como sabe física y química, no vale decirle que son falsos.

ELE. Pues mira si soy tonta que creía que te lo había dicho. Pues al ver que yo los necesitaba para ir esta noche á la Embajada, ha habido una persona que...

VIC. ¿Una persona? ¿Quién?

PROC. Mi hermana.

VIC. ¿La Marquesa?

ELE. Sí, la hermana de don Procopio.

PROC. Como yo le pedí á ella la invitación para su señora de usted, y ella sabía que necesitaba los pendientes... se los ha prestado para que los lleve esta noche. Entre las amigas, esta costumbre de prestarse las cosas no tiene nada de particular.

VIC. Como yo estoy un poco apartado de la vida de sociedad, hay muchas costumbres que ignoro. Pero, en fin, ¿tú estás contenta?

ELE. Sí.

VIC. Pues eso es lo principal. Luce esta noche esos brillantes, y mañana iré yo á ver á esa señora para devolvérselos y darle las gracias.

ELE. (Aparte) ¡Dios mío!

PROC. (Aparte á Elena) Mañana ya no se acuerda de tal cosa.

VIC. Y esta noche, puesto que tú ya estás decidida á ir á esa fiesta, yo me quedaré aquí tranquilo trabajando.

ELE. Pero ¿no me vas á acompañar?

VIC Más vale que le pongas dos letras á tu madre.

PROC. No interrumpa usted sus trabajos, ahora que tiene que estudiar una nueva propiedad del clorato de potasa. Usted puede ir con su madre, y si hace falta un caballero que las acompañe, aquí estoy yo.

VIC. Eso será lo mejor. Procopio os acompañará...

ELE. Pero, ¿no irás luego siquiera un momento á recogerme?

VIC. Veremos, veremos. No te lo prometo. (Mutis por la izquierda.)

ELE. Le escribiré á mi madre. Paquito, haz el favor de llamar á Lucía. (Se sienta á escribir y Procopio se coloca cerca de ella. Paquito ha salido por el foro, volviendo en seguida con Lucía.)

PROC. Nunca habré ido á ninguna fiesta tan bien acompañado como esta noche.

ELE. Gracias.

ESCENA XV

ELENA, PROCOPIO, LUCIA, PAQUITO

PAQ. Sí, Lucía, ven, que te llama la señora para mandarte con una carta.

LUC. Creí que era cosa tuya.

PAQ. ¿Y por eso no me hacías caso? ¿Por qué eres tan cruel conmigo?

LUC. Paquito, déjame en paz.

PAQ. Te advierto que acabo de descubrir una nueva propiedad del clorato de potasa; estoy en camino de hacerme célebre.

LUC. Pues á ver cuándo descubres algo para que yo te quiera.

ELE. Toma, Lucía. (Dándole la carta.)

PAQ. ¡Maldita sea mi suerte! (Mutis por la izquierda.)

ELE. Lleva esta carta en seguida á casa de mi madre, y esperas contestación.

LUC. Está bien. (Mutis por el foro.)

ESCENA XVI

ELENA, PROCOPIO

ELE. Tengo que dar á usted muchas gracias, porque vió usted en seguida mi apuro y me salvó admirablemente, diciendo que los pendientes eran de su hermana.

PROC. ¡Ah! Eso no vale la pena de que se recuerde. Yo vi su turbación de usted... Nada; ya eso pasó.

ELE. ¿Podrá usted creer que ahora estoy arrepentida de haberlo hecho?

PROC. ¿Por qué?

ELE. Es la primera vez que le he mentido á Vicente...

PROC. Yo, en cambio, casi estoy orgulloso de que exista un secreto que hemos de guardar entre los dos.

ELE. Si él supiera...

PROC. ¡Bah! No hay que pensar más en ello. Mírese usted al espejo; está usted espléndida, sugestiva; eclipsará usted á todas sus amigas; será usted la reina de la fiesta...

ELE. Gracias. ¿Usted cree...

PROC. Lo afirmo. Esta noche, al verse admirada y envidiada, será usted dichosa.

ELE. Sí; pero... ¡qué locura! Tarde ó temprano tendré que pagar estas galas. El crédito tendrá un término.

PROC. Para las mujeres bonitas, como usted, no lo tiene nunca.

ELE. ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decirme?

PROC. No, nada; que estoy satisfecho de haberla podido sacar de una situación apurada, violenta...

ELE. Y ya le he dado á usted las gracias.

PROC. Sólo por merecer ese agradecimiento haría yo, no el sacrificio que he hecho, sino otros mucho mayores, cuantos usted me pidiera...

ELE. (Aparte.) ¿Qué dice este hombre? (Alto.) No le entiendo á usted; mejor dicho, no quisiera entenderle.

PROC. Usted menos que nadie, encantadora Elena, debe preocuparse por esa deuda, de la que nadie volverá á hablarle nunca. ¿Para qué, si no, soy yo su amigo discreto, su admiradora más entusiasta, el hombre que se considera feliz si usted le recompensara con una mirada, con una sonrisa?...

ELE. ¡Basta! ¿De manera que este traje, estos adornos, estos pendientes, son un obsequio de usted, el precio de?... ¡Qué vergüenza! Si yo hubiese sabido...

PROC. Elena...

VIC. (Que desde hace tiempo ha presenciado desde la puerta de la izquierda la escena anterior.) ¡Esto es una indignidad!

ELE. (Corriendo asustada.) ¡Mi marido! (Hace mutis por la derecha.)

PROC. (Tembloroso también.) ¡Su marido!

ESCENA XVII

PROCOPIO, VICENTE

VIC. (Dirigiéndose á Procopio y afectando un aire terrible.) ¡Esto es una perfidia! ¡Una traición!

PROC. (Aparte.) ¡Demonio! (Alto.) ¿Pero?...

VIC. (Aparte.) Lo que es el susto te lo llevas. (Alto.) ¡Es un verdadero abuso de confianza!

PROC. (Aparte.) Ahora me mata.

VIC. (Aparte.) Sufre, ladrón. (Alto.) Vamos á ver, D. Procopio: ¿Qué pensaría usted de un hombre que, llamándose mi amigo, recibiéndolo yo en mi casa con toda confianza, quisiera abusar de ella para robarme lo que es mío?

PROC. ¿Pero usted cree?...

VIC. Estoy bien seguro de ello; quiere apropiarse lo que es mío. ¿No es verdad que ese hombre es un ladrón, y un cobarde, y un miserable?...

PROC. (Casi sin poder hablar.) Si... es un miserable... y un... ladrón... y un...

VIC. Pues eso me está pasando con Paquito.

PROC ¿Eh? ¿Con?...

VIC. Sí, con Paquito. ¿A quién creía usted que me refería?

PROC. No; yo no creía nada. ¡Vaya, vaya con Paquito!...

VIC. Ha vendido el secreto de mis mas importantes descubrimientos.

PROC ¿Sí? (Aparte.) Este hombre es un infeliz.

VIC. (Aparte.) Ahora verás la que te espera. (Alto.) En fin; no hablemos más de ello. (Llamando.) ¡Elena!

PROC Yo, con permiso de usted...

VIC. Pero, ¡cómo!. ¿se marcha usted sin acompañar á Elena al baile?

PROC Es verdad... ya no me acordaba.

VIC. Aguarde usted. ¡Elena!

(Elena aparece por la derecha, temerosa y vestida con su traje de casa sin los pendientes.)

ESCENA XVIII

DICHOS, ELENA

ELE. ¿Me has llamado?

VIC. Sí; pero, ¿qué cambio es ese? ¿Ya te has cansado del traje, de los brillantes y de los adornos?

ELE. Sí...

PROC. (Aparte.) ¿Se habrá arrepentido? ¡Sería increíble!

VIC. Pero, ¿y la fiesta en la Embajada?

ELE. He renunciado á ir á ella.

PROC. (Aparte.) ¡Eh!

VIC. ¿Por qué? ¡Tanta ilusión como tenías por ir!...

EL. Lo he pensado mejor. No me ha parecido bien lucir esos lujos que no me habías comprado tú, y he decidido devolverlos esta misma noche.

VIC. ¿Sin que ello represente para ti sacrificio ninguno?

EL. ¡Ninguno! Si por un momento me pudo alucinar la idea de aparentar lo que no he de sostener, ahora estoy bien segura de mi decisión.

VIC. Sin embargo, aunque tú haces lo posible

contenerte, te veo los ojos tristes, quizá húmedos aún por el llanto...

ELE No, te aseguro que... ¿por qué había de llorar?

PROC. ¡Claro! No tiene motivos para... (Se calla de repente por la mirada que le dirige Vicente, que lo desconcierta.)

VIC. De modo que si yo te hubiese ofrecido ese traje y esos brillantes ¿los habrías aceptado?

ELE. (Muy sinceramente.) ¡Con el alma y la vida!

VIC. Si yo, para hacerte ese regalo me hubiera valido, como intermediario, de Procopio...

PROC. (Aparte.) ¿Eh?

VIC. De mi amigo Procopio...

PROC. (Aparte) ¿Qué dice este hombre?

ELE. No comprendo...

VIC. Los hombres de ciencia no hacen nunca las cosas de ligero, lo experimentan todo, lo estudian todo. Yo he querido experimentar el caso de exponerte á la tentación del lujo que te ofrece un galanteador... y no me arrepiento de mi experiencia. Estoy convencido de que eres una mujer tan bonita como buena; de que apenas has creído averiguar la procedencia de esas galas, te has apresurado á despojarte de ellas

ELE. Pero..

VIC. Sí; me vas á decir que el papel que se ha prestado á hacer mi amigo es un poco... Pero él, por mi amistad, es capaz de prestarse á todo. ¿Verdad?

PROC. (Esforzándose en sonreir.) Sí, ¡claro!... (Aparte.) ¡Fíate de los sabios!

VIC. (A Elena.) Fíjate bien en él, y comprenderás que no está en tipo ni en edad de dedicarse á conquistar señoras.

ELE. (Mirándolo y riéndose.) La verdad es que...

PROC. (Riéndose también, aunque sin ganas.) ¡Ja... ja!... (Aparte.) ¡Vaya! Ahora me van á tomar el pelo.

VIC. Yo le encargué de pagar ese vestido y esos brillantes para que te los ofreciera como cosa

suya y sin que yo me enterase.. ¡Pero ya sabia yo de quién me fiaba!

PROC. (Queriendo protestar.) Bueno; pero...

VIC. (Mirándolo amenazador.) No irá usted á negar ahora que yo le encargué del pago de esas cosas..

PROC. ¡No! ¿Qué voy á negar?... (Aparte.) ¡Pues me he lucido con mi conquista! (Alto.) Ha sido ingeniosa la burla, ¿verdad?

ELE. Pues ya ves si yo soy tonta, que había tomado en serio á tu amigo. ¡Si soy de lo más inocente! Hasta ha llegado á hacerme llorar con las cosas que me dijo...

VIC. ¿Qué te dijo? Cuenta, cuenta...

PROC. Nada. ¡Ja... ja!...

ELE. Me decía que estos obsequios eran un tributo á mi hermosura que le cautivaba...

VIC. ¿Sí?

ELE. Que él se consideraría feliz con una mirada, con una sonrisa...

VIC. ¡Ja... Ja!. . Lo que había convenido conmigo.

PROC. Eso es... lo convenido...

VIC. Pues muchas gracias, Procopio; gracias de verdad, porque para hacer este papel tan ridículo hay que ser un amigo de veras. Despídase usted de Elena, y hasta luego, que supongo que nos veremos en la Embajada.

PROC. (Dándole la mano á Elena.) Buenas noches, Elena; no me guardará usted rencor.. ha sido cosa de su marido... (Dándole la mano á Vicente.) Hasta luego. (Vicente le aprieta la mano hasta hacerle gritar.) ¡Ay!

ELE. ¿Qué es eso?

PROC. Nada; buenas noches.

VIC. Adiós, amigo. (A Elena.) ¡Mira qué aire de conquistador! (Vicente y Elena se ríen de buena gana al verle salir.)

ESCENA XIX

ELENA, VICENTE

ELE. ¡Vicente!

VIC. Ahora, Elena mía, vístete con todos esos lujos, que yo te voy á acompañar á la Embajada de Inglaterra, y me voy á sentir orgulloso de presentarme allí del brazo de mi encantadora mujercita...

ELE. Vicente, ¡qué feliz me haces!

VIC. Y desde ahora te prometo que seré un poco menos sabio y un poco más tu marido. Verás cuántas cosas voy á regalarte, para que á nadie le dé la idea de hacerlo por mí. No pienses más en lo pasado; seguramente don Procopio no volverá á presentarse ante tu vista, porque aunque todo lo que ha hecho lo hizo con mi conocimiento, no podrá evitar que tú, al verlo, recuerdes sin querer al protagonista de aquel couplet de La Fornarina:

¡El buen señor!

ELE. ¡Es un conquistador!...

(Los dos se ríen, y Vicente abraza á Elena, mientras va cayendo el telón.)

OBRAS DE LÓPEZ MONÍS

El maestro Catón, zarzuela en tres cuadros, música de Rubio y Estellés. Estrenada en el Teatro Zorrilla de Valladolid.

El adivino, juguete cómico. Estrenado en el Teatro de Maravillas.

La jaula del loro, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

Concurso universal, revista en seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Calleja. Estrenada en el Teatro de Maravillas.

El sombrero hongo, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

La torta de reyes, juguete cómico. Estrenado en el Teatro Lara.

El beso de San Silvestre, humorada lírica en un acto, música de Foglietti. Estrenada en el Teatro Romea.

Las de Capirote, opereta en un acto, música de Calleja y Lleó. Estrenada en el Teatro Cómico.

La caprichosa, sainete lírico en tres cuadros, música de Vives. Estrenado en el Teatro de la Zarzuela.

¡Pobre España!, sainete en un acto. Estrenado en el Teatro Eslava.

La caída, comedia en un acto. Estrenada en el Teatro Lara (2.ª edición).

La bella Colombina, juguete cómico en dos actos. Estrenado en el Teatro Lara.

La Cocotero, zarzuela en un acto, música de Valverde (hijo). Estrenada en el Teatro Cómico.

Noche de estreno, entremés lírico, música de Foglietti. Estrenado en el Teatro Cómico.

Sangre torera, sainete lírico en tres cuadros, música de Vives. Estrenado en el Teatro Eslava.

Las doce de la noche, entremés lírico, música de Foglietti. Estrenado en el Teatro Cómico.

La mujer del prójimo, sainete en tres cuadros, música de Calleja. Estrenado en el Teatro de Apolo.

El último duelo, comedia en un acto. Estrenada en el Teatro de la Zarzuela.

En casa no comemos..., juguete cómico en un acto. Estrenado en el Teatro del Ideal Polístilo.

¡Hasta la vuelta!, sainete en un acto con música de Calleja. Estrenado en el Teatro Cómico.

¡Por vida de Don Quijote!, juguete cómico en un acto. Estrenado en el Teatro del Príncipe Alfonso.

La risa, juguete cómico en un acto. Estrenado en el Teatro Lara.

¡Ese es mi hermanito!, pasillo lírico, música de Foglietti. Estrenado en el Gran Teatro.

El que paga descansa, juguete cómico lírico, música de Foglietti. Estrenado en el Teatro Eslava.

El mesón de la alegría, melodrama en un acto, música de Francisco A. de San Felipe. Estrenado en el Teatro de Novedades.

Vida de Príncipe, aventura cómico-lírica en un acto, música de Foglietti y Luna. Estrenada en el Teatro del Príncipe Alfonso.

¡El buen señor!..., comedia en un acto. Estrenada en el Coliseo Imperial.

La vida burguesa, comedia en dos actos. Estrenada en el Teatro Eldorado de Barcelona.

El papel vale más, colección de composiciones en verso. Prólogo de Sinesio Delgado.

Property of the Library

Precio: UNA peseta.